

*Releyendo la era de las rebeliones andinas: desde los estudios de la resistencia hasta los debates de la subalternidad*

Mireya Salgado Gómez  
FLACSO ECUADOR

---

ABSTRACT

---

This article provides a critical revision of the literature dealing with indigenous rebellions in the Andes, which has set the pace for the current debates and agendas. I put forth this revision as a starting point to rethink the ways in which these revolts are theorized and interpreted, and to recognize the central role that the impact of regional mobilizations holds globally. I start from the bibliography on rebellions between 1970 and 1990, to later highlight more recent literature. This recent literature has been marked by the agenda established in the previous stage, and further denoted by new questions around the nature of the political sphere, and the links between the material and the cultural ones, as well as the subaltern agency.

**Keywords:** rebellions, uprisings, Andes, indigenous.

Este artículo hace una revisión crítica de la literatura sobre rebeliones indígenas en los Andes que ha marcado el derrotero de los debates y de las agendas vigentes. Propongo esta revisión como un punto de partida para repensar las formas en las que se teoriza y se interpreta estas revueltas, y para reconocer la centralidad del impacto de los repertorios de movilización regionales a nivel global. Parto de la producción sobre rebeliones entre 1970 y 1990, para finalmente destacar la literatura más reciente, marcada por la agenda establecida en la etapa previa pero signada además por nuevas preguntas en torno a la naturaleza de lo político, los vínculos entre lo material y lo cultural y la agencia subalterna.

**Palabras claves:** rebeliones, sublevaciones, Andes, indígenas.

---

## Introducción

Esta revisión crítica de la literatura sobre rebeliones empezó a tomar forma hace algunos años cuando hacia mi tesis de doctorado en FLACSO Ecuador<sup>1</sup>. Si bien la tesis fue terminada hace tiempo, creo que hoy en día, con las recientes movilizaciones sociales en América Latina, el debate sigue estando vigente. Propongo esta revisión como un punto de partida para repensar las formas en las que se teoriza y se interpretan las revueltas populares e indígenas, y para reconocer la centralidad del impacto de los repertorios de movilización regionales a nivel global.

Parto por hacer una breve revisión de la literatura sobre campesinado, rebeliones campesinas y revoluciones sociales iniciada en la segunda posguerra. Posteriormente me centro en la producción en torno a rebeliones populares en los Andes de la década de 1980 y 1990, y en las agendas abiertas en dicho periodo, para finalmente centrarme en la más reciente literatura sobre rebeliones en los Andes, marcada por la agenda establecida en la etapa previa pero signada además por nuevas preguntas en torno a la naturaleza de lo político, y sobre la posibilidad de aprehender la complejidad de los vínculos entre lo material y lo cultural. No pretendo abordar toda la literatura existente en torno al tema sino señalar los hitos que marcan giros o aportes cruciales al debate.

Se trata de un tema ampliamente debatido e investigado desde los años 20 y 30 del siglo pasado cuando el indigenismo dominaba las ciencias sociales en países latinoamericanos con importantes poblaciones indígenas. La indagación en torno a las sublevaciones hacía parte de la búsqueda de un pasado indígena glorioso que sustentara el origen remoto de la nación. En la segunda posguerra dominó, sostenido en un nacionalismo revolucionario, la insistencia en el carácter precursor de las rebeliones. La producción académica sobre rebeliones se centraba en el Perú, y hacía parte de discusiones locales, enraizadas en la política contemporánea, sobre el origen y la legitimidad de la nación. Es, como veremos, a partir de fines de los 80, cuando las rebeliones andinas entran en una serie de debates académicos que abren preguntas en torno a las condiciones estructurales, sociales y culturales de la movilización política popular, y su relación con la construcción de la nación post colonial.

En la amplia producción en torno al tema, existe una muy reducida literatura sobre las rebeliones en la Real Audiencia de Quito, a pesar de que marcaron la historia de dicho territorio durante el siglo XVIII. Perú y Bolivia han centrado la atención académica sobre el tema hasta el presente, por lo que en este

---

<sup>1</sup> Esta tesis fue convertida en un libro, que será publicado próximamente con el título: *"Indios altivos e inquietos". Conflicto y política popular en el tiempo de las sublevaciones. Riobamba en 1764 y Otavalo en 1777.*

ensayo quisiera hacer patente el enorme vacío no sólo para la historiografía ecuatoriana sino para cualquier pretensión de generalización en torno a la movilización popular andina. El territorio de la Audiencia de Quito, las particularidades de su historia social, cultural, económica y demográfica, y la especificidad del proceso de crisis durante el siglo XVIII, se vuelven imprescindibles para cualquier intento de comprensión de las complejidades de la dominación colonial y de las prácticas políticas de los sectores subalternos. Así mismo, las constantes revueltas indígenas presentes en la historia del Ecuador republicano, marcado por el dominio de la hacienda, son fundamentales para entender las complejas relaciones entre la conformación de los estados modernos en los Andes, el poder de los terratenientes y las distintas formas históricas de disputas en torno a la tierra.

### **Revuelta campesina: revolución y protesta popular**

Después de la Segunda Guerra Mundial, y bajo el liderazgo estadounidense en occidente, la búsqueda de estabilidad social fue una de las fuerzas motrices de la investigación académica. En ese contexto, el tema agrario concentró algunas de las preguntas sobre las especificidades de la formación del mundo moderno. Desde distintos paradigmas, y a partir del análisis de la cuestión agraria, la historia cumplió un rol central en el pensamiento sobre democracia, modernización, desarrollo y movilización social y política. El denominador común en los modelos propuestos sobre modernización, democracia y estabilidad social era la relación establecida lo premoderno y el obstáculo de un campesinado anclado en la tradición (Stern, 1987)<sup>2</sup>. Implícita en la idea de transición está una lectura evolucionista de la historia, en la que los países del llamado Tercer Mundo van por detrás del mundo desarrollado (Meek, 1981; Rostow, 1961).

Hobsbawm y su acercamiento a los rebeldes primitivos (1959), Barrington Moore (1966) y Eric R. Wolf (1955, 1969), fueron quienes en aquellas décadas ofrecieron las lecturas más críticas en torno al campesinado y la movilización social. Con estos trabajos empiezan a romperse visiones dualistas de la historia campesina, sostenidas en una oposición tajante entre lo capitalista y lo precapitalista, lo urbano y lo rural, y en la reificación del mundo campesino.

Edward P. Thomson explora la protesta popular, desde las relaciones entre lo cultural, lo material y lo político (1963, 1968, 1971). Desde una historia desde abajo se acerca a la experiencia de las primeras clases obreras informada por la

---

<sup>2</sup> Ya desde el siglo XIX, frente a la desigual industrialización y urbanización, tanto el pensamiento liberal como el socialista, concibieron al campesinado como un lastre que detenía las sociedades en el pasado.

presencia de tradiciones y valores precapitalistas<sup>3</sup>. A partir de Thomson se vuelve difícil ignorar que las experiencias materiales son aprehendidas de un modo cultural, a partir de evaluaciones subjetivas. La idea de la construcción de la hegemonía cultural, y de la complejidad de ese proceso, nos señala una ruta más o menos continua de reflexión cultural hasta el presente.

Estos enfoques contribuyeron a que, durante los años 70, se consolidaran y sofisticaran los estudios relacionados con conflictos agrarios y campesinos, abarcando desde enfoques materialistas a lecturas más culturalistas (Paige, 1975; Scott, 1976; Tilly, 1978; Popkin, 1979; Skocpol, 1979). James C. Scott (1976) explora, por ejemplo, cómo los campesinos del sudeste asiático enfrentan la dominación, y cuándo y por qué se sublevan. Como Thompson, Scott se acerca a lo simbólico y cultural para comprender las rebeliones campesinas, que se desencadenan por la ruptura del pacto tácito que asegura la subsistencia subalterna, el gobierno justo y los límites de la explotación. Señalo este tema en particular porque a la hora de abordar los procesos de protesta y rebelión en los Andes, se vuelve evidente la necesidad de develar los mecanismos de construcción de la hegemonía en coyunturas de ruptura de los cambiantes consensos sobre los que se asienta.

A pesar de la sofisticación y variedad de aproximaciones al conflicto popular, la mayoría de estas lecturas hacen parte de una metanarrativa de la transición hacia la modernidad, un camino a veces más fluido, a veces más violento. La mayoría de esta literatura, predominantemente anglosajona, que buscaba establecer modelos de comprensión de las revoluciones sociales prestó muy poca atención a los procesos históricos latinoamericanos. Estos enfoques, contruidos a partir de la investigación de casos europeos y asiáticos, consiguieron proyectarse como modelos sobre la región. Para Alan Knight (1990), estudioso de la revolución mexicana, el tomar en cuenta – dentro del debate sobre las causas, características y consecuencias de las revoluciones sociales – a las de México, Bolivia y Cuba, habría permitido iluminar la categoría, discutir ciertas teorías, complejizar y enriquecer el debate.

### **Resistencia y Rebelión en los Andes: agendas y lecturas**

El argumento de Knight sobre América Latina, toma fuerza si se presta atención a la exclusión sistemática de los Andes y su rica historia de resistencia y movilización social del debate sobre revoluciones y conflicto social. Para autores como Stern (1987, pp. 3-20) las rebeliones andinas ofrecen un material histórico desde el que se pueden reconsiderar los paradigmas y métodos a partir de los cuales entender la problemática campesina en general.

---

<sup>3</sup> A Thompson corresponde el concepto de Economía moral, sobre el consenso de la multitud en torno a la legitimidad de prácticas, obligaciones y valores tradicionales (1963).

En el ya clásico *Resistance, rebellion, and consciousness in the Andean Peasant World* (1987), Stern identifica cuatro supuestos que permean la literatura sobre campesinado y movilización social: el impacto destructivo del capitalismo sobre el campesinado y sus formas de vida, la diferenciación social resultado del proceso capitalista, la influencia de la cuestión agraria sobre la historia moderna de naciones con importante población campesina, y finalmente, el carácter parroquial, localista y prepolítico del campesinado (1987, pp. 5-8). A partir de este último supuesto, se asume que este sector sería siempre fragmentado y defensivo, y que sus reacciones al cambio externo son predecibles y limitadas.

Méndez (2005, pp. 1-12) apunta además que solo se consideraba la participación política de sectores subalternos en el marco de las luchas de la Independencia, es decir dentro del metarelato de la nación. Tanto desde el paradigma marxista como del nacionalista, se enfatizaba el carácter pasivo y localista de dicha participación. Los campesinos seguirían la iniciativa de los grupos de vanguardia, y estaban anclados a lo local y a dinámicas cotidianas. Otro problema era la tendencia a asimilar lo indio con un concepto reificado de campesino, insuficiente para dar cuenta de las complejidades del mundo andino, en el que se enfrentan identidades colectivas constituidas en el orden colonial, susceptibles de ser aprehendidas a través de categorías relacionadas con la etnicidad, con aproximaciones más complejas a la cuestión de clase.

Las rebeliones andinas del siglo XVIII y XIX – cuyo estudio se centraba en el Perú – habían sido interpretadas, hasta la década del 1970, como reacciones a cambios en el mundo indio generados por las Reformas Borbónicas (Campbell, 1987), como muestras del pasado indígena glorioso de la nación, o como rupturas revolucionarias que anunciaban la Independencia. La atención se prestaba casi exclusivamente a la gran rebelión de Túpac Amaru II. En general no había una preocupación por vincular la rebelión a una reflexión teórico-metodológica que permita ir más allá de la relevancia local del evento. Desde los años 70, los aportes que empezaron a construirse desde la historia colonial y desde la etnohistoria, fueron transformando las lecturas sobre el periodo final de la colonia y las primeras décadas republicanas en los Andes. El acercamiento a las instituciones, a las continuidades o rupturas con el pasado, y a otras rebeliones andinas, permitió renovar esta literatura (Campbell, 1979). Como resultado de ello, hacia fines de los 70 y en la década de 1980, proliferaron investigaciones sobre revueltas en los Andes, buscando acercarse al carácter de estas, su complejidad y a las especificidades ligadas al territorio donde sucedían.

Una de las razones por las cuales la experiencia andina habría sido pospuesta y aislada, es precisamente la cuestión étnica, la cual, según Stern, ha hecho más radical el supuesto sobre el parroquialismo campesino. Sin embargo, a partir de los 80, cuando las políticas de identidad centraron la atención de los

estudiosos de los movimientos sociales contemporáneos, las experiencias andinas pasaron a ocupar otros espacios en el debate académico. Junto a factores estructurales y explicaciones materialistas, los aspectos culturales arrojaban dimensiones de complejidad al análisis del comportamiento político de los sectores populares, en tanto lo étnico se constituía en el propio orden colonial.

Para abordar la cuestión andina en su especificidad y superar presupuestos incorporados, Stern (1990) condujo un equipo de investigación en torno a la resistencia y las rebeliones andinas – Perú y Bolivia – entre 1750 y 1950. Las investigaciones buscaron ver el papel de los campesinos como actores políticos activos y continuos, la diversidad de horizontes políticos en juego, la significación de factores étnicos y culturales en la explicación, así como buscar marcos temporales adecuados como unidades de análisis en el estudio de las rebeliones. En términos generales se trató de un esfuerzo fundacional por romper con visiones reduccionistas sobre la agencia campesina, y las formas de participación política. Los autores se aproximaron al tema a partir de una mirada que entendía la compleja densidad de los procesos de violencia, pero también de las formas de “adaptación resistente”. Los artículos que componen el volumen exploran también la amplitud del horizonte político de los campesinos, rompiendo con el poderoso supuesto del parroquialismo campesino. La lectura que hace Stern, quien parte por hacer una puesta al día descriptiva de las insurrecciones, relaciona las dimensiones culturales y materiales, al abordar la relación entre la conciencia moral y las condiciones socioeconómicas estructurales en los escenarios en donde estallaron las revueltas.

Es indudable el enorme aporte de este volumen colectivo en la lectura de las rebeliones andinas al abrir una agenda guiada por preocupaciones teóricas y metodológicas. Sin embargo, es posible señalar ciertos límites. Por ejemplo, se tiene a esencializar lo andino asociado a Perú y Bolivia e identificado con un pasado prehispánico, reducido a manifestaciones simbólicas y culturales, que informaría las formas de resistencia. Como en otras de las lecturas abordadas, está más bien ausente un análisis de la resistencia como proceso de construcción de consenso, en una situación hegemónica o de dominación, al prevalecer una lectura de la resistencia como defensa del pasado, o como continuidad de ciertos “patrones andinos de resistencia” (Stern, 1987, p. 33).

Según Stern (1987, pp. 71-77) las rebeliones de Perú y Bolivia estaban informadas por un imaginario de nación, una ideología protonacionalista común, distinta a la criolla. Esta sería la gran diferencia con las revueltas de Ecuador y México, signadas por su carácter local y por la fragmentación. Para Stern, el carácter político o no de las movilizaciones campesinas estaba en la posibilidad de vincularlas con la poderosa metanarrativa de la nación. Es el proyecto de nación lo que en última instancia legitimaría como políticas en pleno sentido a las

rebeliones peruano-bolivianos, algo de lo que, según el mismo Stern, carecerían las sublevaciones quiteñas.

Mientras tanto, el estudio de las sublevaciones en los Andes del Ecuador se había limitado a breves acercamientos que sostenían las imágenes heredadas en las que la protesta indígena hacía parte del mundo de lo salvaje y primitivo (Cevallos, 1972; González Suárez, 1970). Los indios coloniales y republicanos seguían siendo silenciados de la política e ignorados en la narrativa de la nación. Esta narrativa, como otras similares, despolitizaba las sublevaciones, al reducir las a una mera reacción a los abusos, es decir, una respuesta, no una iniciativa. En este discurso primario que arranca con los informes estatales (Guha, 2002), pero se prolonga en las pocas referencias a estos eventos hasta el siglo XX, las prácticas y lenguajes de la sublevación son naturalizados y rebajados a actos violentos, feroces, “excitados por la embriaguez”<sup>4</sup>.

El caso que más atención había suscitado era el de la sublevación de Yaruquíes de 1871, que, como sostiene Ibarra (2018), de tanto contarse, acabó siendo borroso y oscurecido. En este, como en otros casos, el discurso primario de los informes estatales empieza a configurar una *prosa de la contrainsurgencia* (Guha, 2002), que tiene un efecto performativo al desplazar a los sublevados del espacio de la política. La sublevación queda convertida en un ruido destinado al olvido en el relato político de la nación. Al tornarse en un movimiento “producido por la embriaguez y la venganza y manchado con varios actos de salvaje ferocidad, fue contenido fácilmente por la fuerza armada [...]”<sup>5</sup>, no deja huella, pierde cualquier proyección y queda en el ámbito de la reacción primaria e irracional. Desde principios hasta mediados del siglo XX, se suceden referencias fragmentadas sobre Daquilema en recuentos históricos y monografías sobre la provincia escritos por elites que monopolizaban el relato local, regional y también nacional (Ibarra, 2018, pp. 2-3). En estos relatos, también formas de la prosa de la contrainsurgencia, se promovía la imagen de un territorio aristocrático en la que, en una sistemática construcción del olvido, quedaba borrada la existencia de los sublevados como actores políticos.

En 1956, Alfredo Costales publicó el primer estudio documentado sobre la rebelión, centrándose en la figura de Daquilema, de quien, como sostiene Ibarra (2019, p. 3), haría una biografía imaginaria, más propia de un proceso de “invención de una tradición”, una genealogía dinástica que parte de la obra de Juan de Velasco y llega a nuestros días. Con este estudio, Daquilema y la rebelión de Yaruquíes entraron al ámbito de la historia y la memoria pública. La continuidad de esta narrativa hasta el presente podría interpretarse como una

---

<sup>4</sup> Gabriel García Moreno, presidente del Ecuador en 1860-1865 y 1869-1975, citado en Ibarra (2018, p. 2).

<sup>5</sup> Gabriel García Moreno, citado en Ibarra (*ibídem*).

“tradición inventada” (Hobsbawm y Ranger, 2012) que se reproduce en una serie de representaciones simbólicas del pasado nacional.

Desde este trabajo pionero en la reivindicación de la figura de Daquilema, y a partir de los mismos datos de Costales, se suceden nuevas reinterpretaciones desde el indigenismo. Como señala Ibarra (2019, p. 3), Daquilema se convierte en “una clave para reinterpretar la historia”, en una historia pública que había desplazado sistemáticamente a los indígenas y sectores populares de sus narrativas y panteones cívicos. Las bases simbólicas de la nación se diversificaron en esas décadas, para incorporar unos actores que habían sido excluidos del gran relato nacional de las élites. Detrás de esa representación, apropiada por el indigenismo de izquierda, hay el reconocimiento de los indígenas como los sujetos subalternos por excelencia, y por lo tanto los sujetos de la praxis política, a lo que se suma su presencia como actores en la construcción de la nación. Sin embargo, a partir de los 1970, la misma izquierda ávida de construir su propio relato, se preguntaba por los límites de esta movilización popular. Ahí toma fuerza otra de las interpretaciones que desplazó a las sublevaciones indígenas de la política: la narrativa de la fragmentación y el localismo, la de su incapacidad de tener un alcance nacional o de contar con el apoyo de la clase obrera. En la conjunción del meta relato de la nación y de la revolución, una vez más, las revueltas indígenas fueron desplazadas de la posibilidad de lo político.

En relación a las sublevaciones coloniales, es el antropólogo Segundo Moreno Yáñez (1985) quien inaugura una mirada distinta sobre la era de las sublevaciones indígenas del siglo XVIII en el territorio de la Real Audiencia de Quito. A partir de la evidencia documental y desde la etnohistoria, Moreno reconstruye dichas sublevaciones e indaga en las dimensiones y causas de las mismas, y en las posibilidades de agencia política de los dominados. Frente a la atención que estos levantamientos habían recibido como meros episodios violentos o como reacciones a imposiciones fiscales, Moreno los interpreta, desde el paradigma de la dependencia y el colonialismo interno<sup>6</sup>, como la inauguración de un tiempo de rebeldía que durará hasta la época republicana. Si bien predomina un análisis descriptivo, Moreno ensaya una aproximación a las complejidades y jerarquías internas de la “República de Indios”, así como una interpretación de las sublevaciones como protestas frente a la ruptura o a cambios en el pacto colonial. Por otro lado, el autor toma en cuenta la etnicidad y no asimila o reduce a los indios coloniales a la condición de campesinos.

Moreno va develando la heterogeneidad social de los sectores sublevados e indirectamente pone en cuestión la imagen de la ruralidad andina como un espacio

---

<sup>6</sup> El concepto de “colonialismo interno”, difundido en América Latina desde la década del 60 (Stavenhagen, 1963; González Casanova, 1963), generó amplios debates y se convirtió en eje ideológico para luchas emancipatorias.

opuesto a lo urbano, estrictamente campesino. Muchas sublevaciones tuvieron un carácter urbano rural (Riobamba, 1764), y también en varias participaron junto a los indios, mestizos y blancos de sectores populares, que en circunstancias concretas coincidieron para enfrentar situaciones de dominación. A través de la descripción de las sublevaciones es posible aproximarse también a la compleja movilidad social del siglo XVIII, y a la pérdida de prestigio e influencia de las autoridades étnicas tradicionales.

Si bien la categoría de “colonialismo interno” permite enmarcar las rebeliones coloniales quiteñas en un debate sobre la dependencia que supera localismos y parroquialismos, este concepto también generó una tendencia a la reificación cultural de la diferencia, sobre todo en torno a sectores étnicos, ignorando e invisibilizando las complejas relaciones de poder y clase que atraviesan también a dichos sectores. La definición clásica del concepto, según la cual un grupo domina a otro dentro de la misma sociedad, oscurece el dinamismo social y cultural que caracteriza la sociedad colonial y un siglo XVIII marcado por procesos de movilidad social, resquebrajamiento de relaciones tradicionales, mestizaje, forasterismo, entre otros. Por otra parte, Moreno mantiene una lectura en la que la nación se erige como promesa de futuro y lugar de la política. En ese sentido, el hecho de que no haya habido una coordinación “nacional” de las sublevaciones es leído como un fracaso (Moreno, 1985, pp. 405-407), y vuelve a colocar a las comunidades indígenas en un escenario localista y etnocéntrico, fraccionado, lo cual, en última instancia impide aprehender las lógicas políticas, los proyectos divergentes, las otras interpelaciones posibles de una política popular. La aproximación marxista a los indios como clase, también le lleva a sostener “la falta de una conciencia política colectiva desarrollada” en tanto serían una “clase en sí” sin haber alcanzado el “para sí” (Moreno, 1985, p. 408). La movilización colectiva respondería a la defensa conservadora del pacto y al rechazo a las modificaciones en el mismo. Sólo ciertos caudillos, vistos como externos, serían los que intentaron “convencer a los indios de la injusticia del poder colonial” (Moreno, 1985, p. 408), y ofrecieron una ideología neoinca o nativista como opción. Para Moreno estos imaginarios provienen de un pasado prehispánico que es reavivado en el siglo XVIII. Esta tesis se sostiene también en una lectura de la cultura indígena como autónoma y separada de la dominante, una mirada que oscurece la intensa dinámica social y cultural colonial, y espacios fundamentales en donde se enfrenta y limita distintos focos y formas de poder, y se negocia la dominación.

Mientras se multiplicaban las investigaciones, libros y ensayos sobre las rebeliones coloniales bolivianas y peruanas, el caso quiteño siguió estando dominado por el silencio, salvo la obra ya señalada de Moreno Yáñez, y tras este trabajo, las preguntas realizadas desde la etnohistoria y la literatura de la

resistencia por el investigador ecuatoriano Galo Ramón Valarezo. Cabe señalar aquí que, en los debates dominantes en la academia anglosajona, los Andes y la movilización popular colonial quiteña, seguían leyéndose a partir de los presupuestos desde los que Stern erige su crítica. Se trataría de revueltas reactivas, localistas, fraccionadas y pre políticas por lo que no merecían atención en los esfuerzos por levantar un cuerpo teórico y metodológico que colocara a los Andes en el escenario de los debates sobre movilización social. Es decir, en lugar de aproximarse a experiencias divergentes de prácticas, discursos y comportamientos políticos, seguía dominando cierta mirada normativa de lo que se define como político, cierta narrativa unitaria de la nación como promesa de futuro, como lugar de verdad (Palti, 2007). Incluso para el Perú y Bolivia, son hoy muy pocos los estudios que aborden la participación política popular desde perspectivas no nacionalistas. De hecho, la complejidad y diversidad de los proyectos propuestos por los indígenas en las rebeliones del XVIII ha sido escasamente trabajada.

Las miradas sobre las sublevaciones del siglo XVIII quiteño se hicieron desde la academia local y dentro de una lectura de largo aliento que partía de las experiencias contemporáneas de movilizaciones étnicas. Ramón (Bonilla, 1991, pp. 419-456) hace un análisis de larga duración en el que contrasta las divergencias entre los proyectos indígenas y los del estado colonial y republicano. El autor se aproxima a la construcción de proyectos criollos como el del jesuita Juan de Velasco en el que el papel de los indios es el de dar continuidad histórica a la nación mientras que los criollos tienen los atributos para sostener la construcción futura del proyecto. Mulatos, zambos, mestizos y negros son representados como viciosos y mentirosos (Ramón, 1987, p. 432). El mismo autor inaugura la literatura sobre la resistencia andina con un análisis sobre la resistencia étnica en Cayambe durante todo el periodo colonial (Ramón, 1987). En este tipo de estudios se privilegia la perspectiva identitaria y étnica y la relación con formas históricas particulares de protesta y negociación que se remontan a los inicios de la dominación colonial, en lo que Ramón – siguiendo la línea inaugurada por Flores Galindo y Manuel Burga para el Perú – llama la “utopía” o “Proyecto Andino”. Desde esta perspectiva, las movilizaciones quiteñas sí habrían participado de un proyecto político más amplio, que superaría lo local, y que apuntaría, a la conformación de un estado. Ramón rompe así con la imagen del faccionalismo que gobernaba las imágenes sobre los campesinos andinos, como una vía para pensar en un proyecto político que, desde el pasado, anuncia las movilizaciones contemporáneas. Otros autores indagan en las particularidades de una racionalidad política andina en la que paradójicamente conviven una dinámica faccionalista y otra colectivista (Albó, 1985; Sánchez Parga, 1989).

La literatura de la resistencia constituye un aporte fundamental por la atención prestada a la capacidad de agencia social y cultural de los sectores

dominados. Empata además con los movimientos indígenas que se reproducían en el continente y que encontraron en la perspectiva de la resistencia la manera de dar continuidad histórica y legitimidad al proyecto político contemporáneo. Sin embargo, a la luz de las innovaciones teóricas y de la complejidad de la movilización política actual, la lectura de la resistencia, la utopía y las políticas de la identidad han encontrado límites a los cuales nuevas investigaciones históricas están dando respuesta.

Otro aporte fundamental para la comprensión de las sublevaciones quiteñas, en este caso republicanas, fue el estudio de Hernán Ibarra (1993, 2019)<sup>7</sup> sobre la sublevación de Daquilema, que actualmente ha sido reeditado. Ya en los 90, el autor se alejaba de una valoración de las consecuencias del levantamiento, para acercarse a su lógica interna en relación con el entorno social local y regional, y con ello, tanto al sentido, como a las causas del estallido de violencia. El gran aporte de Ibarra en ese momento fue precisamente buscar comprender la complejidad, lógica y contexto de esa sublevación, como coyuntura histórica específica, para a partir de ella contribuir a una lectura más completa sobre la movilización popular en los Andes. Rompiendo con la tendencia a la homogenización del mundo indígena, el autor abordaba las especificidades del contexto material de este levantamiento, y proponía una lectura de la presión sobre los recursos colectivos que se vivía en el territorio en cuestión y las tensiones que esto generaba en el conflictivo proceso de modernización del Estado.

Es interesante el argumento planteado por Ibarra sobre la necesidad de una estructura étnica de poder para garantizar la organización de la sublevación. Este argumento debe ser contrastado en distintos casos. Muchas veces, las sublevaciones son escenario para el surgimiento de nuevos liderazgos y la crítica de autoridades tradicionales que no pudieron garantizar los derechos de las comunidades. Ese es, por ejemplo, el caso de las movilizaciones estudiadas por Sinclair Thompson (2007) quien incluso avanza la hipótesis de una democratización del liderazgo surgido en los desafíos de la propia movilización. Este levantamiento parece iluminar la capacidad de los indígenas de configurar liderazgos por fuera de las estructuras tradicionales, y en ese sentido da cuenta de una movilidad y una capacidad de respuesta que se aleja de imágenes de estabilidad y de los indígenas como actores con una agenda conservadora. En general, la obra de Ibarra ofrece entradas, inéditas en los años 90, para pensar las sublevaciones indígenas como experiencias concretas de construcción de repertorios de protesta y desafíos del poder, que permitieron volver más complejas las lecturas sobre la acción política popular en los Andes.

---

<sup>7</sup> La obra de Ibarra fue originalmente publicada en 1993, pero reeditada en el 2019.

A pesar de estas contribuciones claves para los 90, el trabajo de Ibarra reeditado en el 2019 encuentra ciertos límites en el uso de categorías como la de “sociedad de castas”, o la alusión al funcionamiento en “la vida real” de la república de indios y la de españoles. La homogenización del mundo indígena nubla las diferencias de clase, condición y calidad que lo atravesaban, así como la fluidez en las adscripciones sociales. Desde inicios de los 2000, existe un consolidado debate sobre la pertinencia del uso de la categoría “sociedad o sistema de castas”. Gonzalbo (2013) y Rappaport (2015), entre otros, ponen en cuestión su pertinencia y operatividad tanto para dar cuenta de las dinámicas sociales y étnicas del período colonial, como del republicano. Como sostiene Laura Giraudó (2018), su uso se convirtió en un lugar común que tiene poca relación con una evidencia histórica que nos devuelve dinámicas muchos más complejas, y que además perpetúa la premisa de que la estratificación social tiene un fundamento racial. Por otro lado, la historiografía contemporánea demuestra también como “la vida real” desbordaba todos los esfuerzos de la administración por mantener el orden ideal de las repúblicas.

### **Aproximaciones desde los estudios subalternos y la historia postcolonial**

El proyecto de los Estudios Subalternos nació hacia fines de los 1970 en la India, con la traducción de algunos de los planteamientos de Gramsci en el contexto de movimientos universitarios y políticos que cuestionaban el nacionalismo dominante de la elite política. Los Estudios Subalternos, caracterizados por manejar una perspectiva interdisciplinaria a partir de la crítica literaria, inauguran una perspectiva crítica hacia ciertas vertientes de la historiografía dominantes en la India, aproximándose a los estudios campesinos y a la llamada “historia desde abajo” de la historiografía marxista británica. El grupo se consolidó en la década de 1980 en torno a la figura de Ranajit Guha y en el esfuerzo de construir una nueva narrativa histórica para la India y el sur de Asia. Hacia fines de los 80, ciertas contradicciones inherentes al proyecto, y la influencia del “giro lingüístico”, el postestructuralismo francés, y la teoría feminista, llevaron a elaborar una crítica más radical que, más allá de lo subalterno, se pregunta por la cuestión postcolonial.

Desde la década de 1990 los estudios subalternos y postcoloniales empezaron a influir en la antropología e historia latinoamericanista, marcando una nueva etapa en la lectura de las movilizaciones populares, así como en la historia social. Fundamentalmente se trata de una perspectiva usada para estudiar la política de sectores del campo y subalternos, y la manera en la que sus valores, prácticas y tradiciones institucionales se relacionan e interactúan con los de las

elites, partiendo de que la modernidad política implica otras formas de exclusión y represión.

El análisis de los repertorios políticos de los subalternos se engranó con la tradición abierta por Stern, así como con otras líneas que ya venían proponiendo lecturas renovadas de la política popular, para consolidar una agenda que incorpora nuevas perspectivas teóricas e historiográficas en el análisis de la participación política de sectores dominados y subalternos. Hacia fines de los años 80 e inicios de los 90, y coincidiendo con las celebraciones del quinto centenario, se incrementaron las preguntas e investigaciones que indagaban en el papel que los indígenas cumplieron en la construcción del estado postcolonial en los Andes (Bonilla, 1991). Se destacan, por ejemplo, las preguntas que distintos autores se hacen sobre los significados del conflicto en las comunidades étnicas: Florencia Mallon (1994) para México y Perú, Silvia Rivera y Rossana Barragán (1997) para Bolivia. Más recientemente y desde perspectivas renovadas está el trabajo de Cecilia Méndez para el Perú (2005). Más allá de las rebeliones, se abrieron otras preguntas y aportes sobre la participación y la conciencia política campesinas en la formación de los estados nacionales de Latinoamérica (Joseph y Nugent, 1994; Thurner, 1997).

Anthony McFarlane (2001), especializado fundamentalmente en la historia de la Nueva Granada, pero con algunas investigaciones sobre las rebeliones quiteñas, sostiene, desde el estudio de los sectores subalternos, que las revueltas, motines y levantamientos del siglo XVIII pertenecen a una cultura política de participación en asuntos públicos propia del Antiguo Régimen y de una "economía moral". Para Mc Farlane los movimientos y desórdenes de los sectores populares e indígenas eran parte de visiones del mundo y la política ligadas al pasado, creencias más que ideas políticas concretas. El autor indaga en las manifestaciones concretas de descontento y desorden, en sus causas directas, en los conflictos que los enmarcan, en los participantes y en la magnitud de sus consecuencias.

A través de análisis de fuentes documentales McFarlane sostiene que en los registros de los desórdenes que se suceden en el siglo XVIII se ve reflejada una cultura de participación popular en la política y la expresión de ideas sobre las funciones y límites del gobierno y la justicia en las comunidades locales. En ese sentido, no habrían representado un desafío al orden establecido, un proyecto de transformación, sino que más bien eran parte de un patrón más amplio de acción colectiva del que participaban el campo y la ciudad y atravesaba toda la sociedad (McFarlane, 2001: 286). En esta, como en otras interpretaciones similares, sigue dominando el enfrentamiento entre tradición y modernidad como polos opuestos, estando los indígenas ubicados, casi naturalmente, del lado de la tradición, en tanto la modernidad capitalista representa su desaparición como clase. Como

señala Méndez, a pesar de la distancia ideológica entre las versiones nacionalistas liberales y marxistas de la historia, ambas comparten los mismos principios modernizantes que impiden escapar de narrativas preestablecidas para elaborar lecturas divergentes sobre las sublevaciones andinas (Méndez, 2005, pp. 1-20).

Desde otra perspectiva Federica Morelli (2005), insiste en las particularidades de la trayectoria histórica de las colonias americanas, y más específicamente de la aislada Audiencia de Quito, a la que considera un “observatorio privilegiado” para mirar la manera en la que el proceso de centralización borbónica fue respondido con una consolidación del régimen jerárquico y corporativo heredado de los Habsburgo. Esto habría generado lo que Morelli llama un “precario equilibrio entre modernización del aparato central y supervivencia de la sociedad corporativa” (Morelli, 2005, p. 13). Morelli sugiere que en el caso del Ecuador no existe una dicotomía entre la sociedad del Antiguo Régimen y la moderna. Ella hace referencia a una “frontera móvil” y a un neosincretismo político.

Las discusiones recientes que más aportan a la discusión sobre las sublevaciones enfrentan por un lado el debate de si las rebeliones andinas fueron modernas o tradicionales, y por otro la fuerza de la narrativa de la nación. En las movilizaciones políticas populares no estaría en juego el enfrentamiento entre la tradición y la modernidad, como si se trataran de polos excluyentes, sino de distintas versiones de modernidad, dentro de las cuales es imprescindible pensar en las posibles modernidades endógenas a partir de las prácticas y discursos puestos en juego por los sectores movilizados. Estos, lejos de ser víctimas, héroes o cumplir roles de clase pasivos y predecibles, son abordados a partir de una exhaustiva investigación de archivo en la que se tienen en cuenta las maneras particulares de procesar y significar los conflictos políticos en el marco de la vida cotidiana y de las expresiones culturales. Las rebeliones indígenas no sólo que no son vistas como arcaizantes e irracionales, sino que se indaga a los proyectos y objetivos explícitos y concretos que proponen a partir de una perspectiva regional. Así por ejemplo, la cuestión de si es o no la ruptura del pacto colonial lo que genera las sublevaciones, empieza a ser discutido a partir de análisis en profundidad de casos concretos.

Para Cecilia Méndez (2005), por ejemplo, las rebeliones son formas de negociación y lucha en las que, lejos de reafirmarse el valor de un pasado se van creando nuevas identidades. Esta autora se opone de manera abierta a la posibilidad de generalizar la tesis de Tristan Platt (1982, 1988) según la cual las revueltas indígenas postcoloniales se dan en defensa del tributo indígena y del pacto en el marco del cual éste ha funcionado. Las investigaciones de Méndez en el sur del Perú, muestran que la resistencia al tributo era uno de los principales motivos de lucha. La autora problematiza relaciones y actitudes políticas que se

dan por sentadas. Los Andes entran así a un proceso de re-lectura que se acerca a la complejidad de los procesos de construcción de identidades étnicas y políticas y de los proyectos asociados a ellas. El mismo pacto colonial es redescubierto como un proceso de construcción de hegemonía que es constantemente desafiado, reformulado y subvertido.

Carlos Espinosa se aproxima a este proceso a través del uso político de las imágenes y los rituales – “el espectáculo del poder” – en el contexto de la intercultura barroca “para sondear los límites y ambigüedades de la ‘hegemonía’ de las ideologías colonizadoras y la fabricación de la memoria colectiva...” (Espinosa, 2002, p. 3). Desde esta perspectiva, que profundiza en las complejidades de la dominación, no habría una única línea de ejercicio de poder sino varios focos y lugares de disputa en donde se reelaboraron y negociaron los términos y marcos de la dominación. Los rituales y objetos simbólicos de las rebeliones hacen parte de una intercultura colonial andina. Para Espinosa, la utopía andina cuya existencia postula Flores Galindo, es posible, en la Audiencia de Quito, a partir de la apropiación y manipulación de prácticas institucionales y conceptos coloniales centrales para la vigencia de un pacto colonial, como son el reconocimiento jurídico al señorío natural de los Incas, políticas compensatorias a los descendientes incas, reconocimiento de dinastías locales, entre otras (Espinosa, 2002, pp. 28-29). La presencia colonial del pasado incaico, y no continuidades prehispánicas, es la que sostendría la posibilidad de ideologías e imaginarios neoincas.

Lejos de un actor colectivo más o menos homogéneo, la literatura contemporánea reconoce e indaga en la heterogeneidad de actores sociales que quedan englobados la categoría de indígenas: forasteros, agentes de mercado, trabajadores de hacienda, tributarios, autoridades locales, elites, mujeres, etc., así como en la constante construcción de identidades étnicas. Lo que guía la indagación es la pregunta sobre las diferentes relaciones y estructuras de poder locales, así como las distintas capacidades de negociación y de creación de nuevos significados en circunstancias cambiantes. No se trata pues de construir una historia heroica de la resistencia indígena sino de la construcción de nuevas relaciones e identidades entre el estado y sectores populares complejos y heterogéneos (Walker, 1999; Thomson, 2002; Méndez, 2005; Lasso, 2003 y 2007; Serulnikov, 2006, Espinosa, 2002). Esta problematización sobre la categoría de indio abarca también la de campesino, la cual se reconoce insuficiente para dar cuenta del mundo andino. Por otra parte, este cuerpo de investigaciones elabora sus preguntas desde el largo plazo sin perder de vista el diálogo con las coyunturas. Es la política contemporánea de la región, sus dinámicas particulares, formas de movilización y aspectos estructurales y culturales del presente, lo que

lleva a los autores a indagar en la colonia tardía y la república temprana (Méndez, 2005; Thomson, 2002).

Dentro de los estudios subalternos que indagan en la última etapa colonial, está el trabajo de Charles Walker (1999) quien hace un recorrido desde la cultura política y la historia cultural de la declinación de la colonia hasta la consolidación de la República para comprender la manera en la que los proyectos populares definen el caudillismo en el Perú. Se pregunta por las opciones que había al colonialismo hispánico además del republicanismo, así como por el caudillismo como una forma particular del gobierno representativo con su propia lógica interna. Se concentra sobre todo en las poblaciones indígenas de la sierra, como la clave para entender el turbulento paso a la república, develando la relación entre la formación del estado peruano y la conciencia, agencia y participación política de dicho sector.

Como Stern, Walker sostiene que la rebelión de Tupac Amaru es una manifestación protonacionalista en contra del estado colonial. A través del análisis discursivo demuestra que mientras el lenguaje de la rebelión sugiere negociación, las acciones demuestran un movimiento anticolonial, rechazando el argumento de la nostalgia por el pacto colonial, aunque se hizo uso de los lenguajes y las prácticas institucionales de los Habsburgo. Habría más bien la invención de una tradición en torno al Inca, que puede erigirse como una narrativa de unidad. Esta visión utópica habría sido una de las opciones postcoloniales en juego tras la independencia.

El trabajo de Sergio Serulnikov (2006), sobre Chayanta en Bolivia, indaga, a partir de la revuelta de Tupac Katari, en la cultura política subalterna de los indios y sus maneras de desafiar al poder y las autoridades coloniales. Sinclair Thomson (2002) analiza, también desde la cultura política, el movimiento radical de Tupac Katari en lo que hoy es la región de La Paz. Ambos autores se preguntan por la posibilidad de imaginar otras formas de modernidad y de socialización política entre los campesinos bolivianos.

Thomson busca revelar las conexiones entre las luchas locales aymaras y una política anticolonial de mayor alcance. Para el autor el enfrentamiento de los comuneros con los caciques desestabiliza el gobierno local e introduce una democratización de las relaciones intracomunales. Estas revueltas locales se sumaron a proyectos más ambiciosos para enfrentar el dominio colonial y las jerarquías dadas. El autor incorpora la perspectiva de las comunidades campesinas que a través de múltiples maneras presionaron, limitaron y dieron forma al poder colonial. Thomson enfatiza en la indagación comparativa de distintos proyectos y demandas de buen gobierno a distintas escalas, así como las múltiples formas en las que se negocian los términos del dominio colonial. Escapa así a los esencialismos más comunes en torno a las rebeliones para profundizar en las

distintas posibilidades que se abren en coyunturas y lugares específicos de negociación y conflicto, y comprender las dinámicas y múltiples caras de la movilización colectiva.

Serulnikov (2006), desde la historia política y cultural subalterna, se pregunta por los cambios en los repertorios de dominación, negociación y protesta durante el siglo XVIII en comunidades indígenas de la región de Chayanta, al norte de Potosí. Sostiene la necesidad de interrogar las formas cambiantes de dominación hegemónicas en tanto actividades y discursos con significados ambivalentes, sujetos a distintas interpretaciones (Serulnikov, 2006, pp. 16-17). El autor explora patrones cambiantes de conflicto de larga duración que tienen que ver con la especificidad de las culturas políticas étnicas y con las relaciones de poder locales (Serulnikov, 2006, pp. 11-15). Se concentra en las relaciones de poder, prácticas políticas e imaginarios culturales locales, desde los que se pudo traducir el descontento en prácticas colectivas que subvirtieron las representaciones y los mecanismos de poder coloniales. Los cambios en el tejido social que sustenta las instituciones coloniales fueron de tal magnitud, que dichas instituciones perdieron su papel en la negociación y el conflicto, para convertirse en blanco de luchas fundamentales en torno a la hegemonía.

A través del análisis de los cambios en el funcionamiento del gobierno colonial a nivel local, Serulnikov traza una genealogía de los imaginarios anticoloniales en los Andes y concluye que lo que está en disputa es el eje de la dominación hegemónica colonial: el empleo de la diferencia colonial como inferioridad racial para legitimar y reivindicar la dominación (Serulnikov, 2006, pp. 443-444). Frente a la tesis de la “utopía andina”, el autor sostiene que los proyectos nativistas y la insurgencia misma en la región de Chayanta – a diferencia del Cusco- son resultado de la desintegración del sistema de gobierno colonial. Ese proceso habría permitido que las comunidades indígenas de la región estudiada se construyeran como actores políticos. Serulnikov concluye que las prácticas de insurgencia y rebelión andinas dependen de las distintas formas de articulación y negociación de las comunidades locales con la sociedad colonial y propone salir del énfasis en los programas e ideas subversivas, para ir “al campo de las relaciones de poder en donde las ideas cobran su significado real” (Serulnikov, 2006, p. 443).

Trabajos como los mencionados de Cecilia Méndez, Sinclair Thomson, Sergio Serulnikov, Carlos Espinosa, o los de Marixa Lasso (2003 y 2007) para el Atlántico colombiano, abordan el significado de negociaciones específicas llevadas a cabo por comunidades étnicas, sectores populares, y sus líderes, e instituciones políticas en formación. Esta literatura nos devela un cambio de paradigma que no sólo muestra el nivel de innovación teórica, sino la necesidad social de nuevas

representaciones y nociones de memoria social en el contexto de una región crecientemente politizada.

En esa línea está también el trabajo de Forrest Hylton y Sinclair Thomson, *Revolutionary Horizons, Past and Present in Bolivian Politics* (2007) en el que los autores proponen demostrar que una perspectiva histórica es esencial para comprender la política boliviana contemporánea. Lo que pasa en Bolivia en la actualidad sería la convergencia de dos tradiciones de lucha política (la tradición indígena y la nacional-popular). En ese sentido argumentan que la resistencia actual está enraizada en formas de organización colectivas no liberales (entre otros ayllus, comunidades campesinas, asociaciones, sindicatos) que son centrales en la vida cotidiana de las mayorías populares, erigiendo luchas que hacen la historia política subalterna. El argumento central es que la política indígena comunitaria formada en las luchas anticoloniales es la matriz de patrones contemporáneos de insurgencia comunal. Esto no quiere decir que habría una esencia revolucionaria que permanece inalterable, sino más bien que el significado de revolución cambia en el tiempo como parte de un proceso dinámico y abierto que se despliega bajo condiciones particulares de tiempo y lugar. Pero dentro del cambio se puede ver el entretrejo de figuras y patrones recurrentes (Hylton y Thomson, 2007, p. 30). Para estos autores las rebeliones andinas fueron una respuesta anticolonialista a la ruptura del pacto colonial, una respuesta que se habría regado desde Perú y Bolivia por todos los Andes incluidos Ecuador y Colombia.

### **Caminos abiertos y posibles aportes desde las sublevaciones quiteñas**

Como ya se ha señalado, la historiografía de la insurrección y la subalternidad en los países andinos ha seguido sendas muy desiguales, sobre todo en relación al Ecuador. Mientras hay una importante producción en torno a la insurrección de Tupac Amaru en la región cusqueña, y a las insurrecciones en Bolivia, los Andes del norte y otras zonas de la región que siguieron procesos distintos siguen sin ser estudiados a profundidad. Si bien para lo que era la Real Audiencia de Quito existe una interesante literatura sobre cambios demográficos, forasterismo y migración interna (Powers, 1994), apenas se está empezando a evaluar el impacto de estos procesos sobre formas de movilización política popular en zonas indígenas y populares urbanas. Por otro lado, esas distintas experiencias locales y regionales que permiten ir configurando una visión de conjunto sobre la era de las sublevaciones, una visión en la que están incluidas las divergencias, carece de lo que sería el aporte de la región de Quito, una región en la que las relaciones de poder, el proceso borbónico y las prácticas culturales configuran un campo de juego y un proceso de negociación de la hegemonía bastante distinto a lo sucedido en las regiones más abordadas.

Llama la atención que si bien los procesos contemporáneos de movilización étnica, en los que Ecuador es considerado un paradigma, han sido y son objeto de numerosas investigaciones y publicaciones, no se profundice en una perspectiva histórica que incorpore una mirada sobre las sublevaciones coloniales y republicanas. Más allá del trabajo de Ramón, que puso énfasis en las continuidades de la resistencia, se echa en falta una lectura de largo plazo. Salvo contadas excepciones, en la historiografía ecuatoriana se ha enfatizado la verticalidad de la dominación y los efectos de aculturación y anulación de los sectores dominados. Esto implica un silencio alrededor de la participación política de los subalternos, sobre todo durante la crisis colonial.

La conmemoración de los quinientos años de la conquista y la abundante literatura sobre resistencia que acompañó la formación de los movimientos indígenas contemporáneos, permitieron revisar y matizar esa visión arrolladora, donde los pueblos indígenas tienen el papel de víctimas. Sin embargo, no hubo mayores avances para investigar la movilización indígena desde el siglo XVIII hasta la Independencia. Desde estas lecturas, las sublevaciones populares fueron parte de un tiempo oscuro, de violencia y desorden, opuesto al orden inaugurado con los movimientos independentistas del XIX. En lugar de ver las divergencias de prácticas, discursos y comportamientos políticos, domina una mirada normativa de lo político y cierta narrativa unitaria de la nación como promesa de futuro, como lugar de verdad (Palti, 2007). Esta imagen se relaciona con las dinámicas del poder y el control social en la república postcolonial. En nuestros días, con la conmemoración del bicentenario, nuevas investigaciones buscan renovar las lecturas e incorporar, a la historia nacional, la memoria de la política popular. Este esfuerzo, en pleno desarrollo, mantiene la nación como meta de una senda señalada y se centra en los procesos independentistas y las luchas populares posteriores a la independencia, mientras quedan las revueltas y sublevaciones del siglo XVIII, otra vez, como meros antecedentes.

En un texto sobre los estudios de la Independencia de los países andinos, Valeria Coronel (2004) insistía en el silenciamiento de la participación popular en los estudios sobre la Independencia del Ecuador, estudios que, según la autora, deberían cubrir también el siglo XVIII y las sublevaciones indígenas. Según Coronel, habría tres formas de representación historiográfica de la política popular: desde la violencia, desde la fidelidad al liderazgo religioso, y desde la reacción irracional, premoderna, y por lo tanto prepolítica, a la amenaza de sus necesidades básicas, lo que les lleva a ser la mano de obra de los políticos en el camino hacia la Independencia (Coronel, 2004, pp. 199-200). La autora proponía, sin negar la primacía de los intereses de las elites criollas en los sucesos quiteños, problematizar la transición hacia la Independencia incluida la crisis del siglo XVIII, y leerla como un periodo en que distintas concepciones sobre la comunidad

política, sobre nación y sobre transformación, entraban en juego. Desde esta perspectiva, se daría un proceso en el que se están redefiniendo relaciones coloniales internas en distintos escenarios. Coronel sugiere que es en esos escenarios donde es posible develar “el protagonismo de una oposición popular anticolonial liderada por sectores populares” (Ivi, p. 201), y argumenta que el anticolonialismo no sólo vendría desde el discurso ilustrado, ni se manifestaría como una independencia política de la metrópoli. Desde la cultura política del pacto social se habrían ido construyendo otras formas de racionalidad política que confrontan la dominación<sup>8</sup>.

Además de prestar atención a otros escenarios de negociación, a formas de limitar o subvertir la hegemonía y la dominación, a la apropiación de lenguajes y formas de representación hegemónicas, una aproximación contemporánea a las sublevaciones coloniales quiteñas debería partir por establecer una ruptura con narrativas evolucionistas y nacionalistas, así como con lecturas centradas en normas liberales y marxistas de lo que deben ser proyectos políticos, modernos y legítimos (Turner, 2003; Prakash, s/f.; Jacobsen y Aljovín, 2005; Thomson, 2002). Este tipo de narrativas han logrado un disciplinamiento de la mirada sobre los comportamientos, valores y prácticas subalternas en los Andes (Poole, 1997), de allí la urgencia por aproximarnos a una historia política siempre desplazada de esa dimensión. Pero además debe ofrecer un avance teórico y metodológico sustancial, de interés tanto para la ciencia política, como para la historia y la antropología, en la construcción de posibles interpretaciones divergentes de la historia social y política de los espacios postcoloniales e imperiales. Lejos de excepcionalizar la experiencia quiteña, ésta debería contribuir a las posibilidades de comparación y por lo tanto a la elaboración de una historiografía global.

### Bibliografía

ALBÓ, Xavier. “Etnicidad y clase en la Gran Rebelión Aymara/Quechua: kataris, Amarus y Bases, 1780-1781”, en Fernando CALDERÓN y Jorge DANDLER (eds.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado, Cochabamba: UNRISD/CERES, 1984.*

---

<sup>8</sup> Esta lectura se aproxima a la crítica postcolonial en tanto busca escapar a los modelos y escenarios en donde se localizan las narrativas dominantes. Guha (2002) se aproxima a la contribución popular y local por fuera de su lectura como aprendizaje, o como respuesta a una movilización vertical impulsada por las elites burguesas. Para ello amplía la visión de la política más allá de las transacciones entre las autoridades coloniales y las elites indias a un nivel institucional. Es en las relaciones directas y explícitas de subordinación en donde los sectores subalternos hacen política, por lo que pretender leerla en la lógica liberal-institucional sería un ejercicio elitista.

- ALBÓ, Xavier. *Desafíos de la solidaridad Aymara*. La Paz, CIPCA, 1985.
- ALBORNOZ, Oswaldo. *Las luchas indígenas en el Ecuador*. Guayaquil, Editorial Claridad, 1971.
- ALJOVÍN DE LOSADA, Cristóbal y Nils JACOBSEN (eds.). *Political Cultures in the Andes 1750-1950*. Durham, Duke University Press, 2005.
- CAHILL, David. *From Rebellion to Independence in the Andes: Soundings from Southern Peru, 1750-1830*. Amsterdam: Aksant Academic Publishers, 2002.
- CAMPBELL, Leon G. "Ideology and factionalism during the Great Rebellion, 1780-1782", en Steve STERN (ed), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th centuries*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1987. (pp. 110-139).
- CAMPBELL, Leon G. "Recent Research on Andean Peasant Revolts. 1750-1820", *Latin American Research Review*, n. 1, v. 14, 1979. (pp. 3-49).
- COSTALES, Alfredo. *Llacta: la Gran trilogía de la conquista*. Fernando Daquilema. Quito, Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía, 1956.
- ESPINOSA, Carlos. "El retorno del Inca: los movimientos neoincas en el contexto de la intercultural barroca". *Revista Procesos*, n. 18, 2002. (pp. 3-30).
- GARRETT, David. *Shadows of Empire: The Indian Nobility of Cusco, 1750-1825*. Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- GIRAUDO, Laura. "Casta(s), "sociedad de castas" e indigenismo: la interpretación del pasado colonial en el siglo XX". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (en línea). URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/72080>.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar. "La Trampa de las castas", en Alberto SOLANGE y Pilar GONZALBO, *La sociedad novohispana. Estereotipos y realidades*. México, El Colegio de México, 2013.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo. "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo". *América Latina. Revista del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales*, Año VI, julio-septiembre, 1963.
- GROS, Christian. *Pour une sociologie des populations indiennes e paysannes de l'Amérique Latine*. Paris, L'Harmattan, 1997.
- HOBBSAWM, Eric y Terence RANGER. *Tradiciones Inventadas*. Barcelona, Crítica, 2012.
- IBARRA, Hernán. "Nos encontramos amenazados por todita la indiada". *El levantamiento de Daquilema (Chimborazo 1871)*. Quito, Centro de Estudios y Difusión Social-CEDIS, 1993
- IBARRA, Hernán. *La rebelión de Daquilema (Yaruquíes-Chimborazo, 1871)*. Quito, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural / Gobierno Autónomo Descentralizado Municipal de Riobamba, 2018.
- JOSEPH, Gilbert y Daniel NUGENT (comps.). *Everyday forms of State Formation. Revolution and the negotiation of rule in Modern Mexico*. Durham, Duke University Press, 1994.

- KNIGHT, Alan. "Social revolution: a Latin American perspective". *Bulletin of Latin American research*, n. 2, v. 9, 1990. (pp. 175-202).
- MAC FARLANE, Anthony. "Rebellions in Late Spanish America: A Comparative Perspective". *Bulletin of Latin American Research*, n. 3, v. 13, 1995. (pp. 313-338).
- MALLON, Florencia. *Peasant and Nation. The Making of Post-colonial Mexico and Peru*. Berkeley, University of California Press, 1995.
- MEEK, Roland L. "En el principio todo el mundo era América", en *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*. Madrid, Siglo XXI, 1981. (pp. 37-61).
- MÉNDEZ, Cecilia. *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the making of the Peruvian State, 1820-1850*. Durham, Duke University Press, 2005.
- MORELLI, Federica. *Territorio o nación. Reforma y disolución del espacio imperial en Ecuador, 1765-1830*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.
- MORENO YANEZ, Segundo. *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito desde comienzo del siglo XVIII hasta finales de la colonia*. Bonn, Estudios Americanistas, 1976.
- O'PHELAN, Scarlett. "Comunidades campesinas y rebeliones en el siglo XVIII", en Alberto FLORES GALINDO (ed.), *Comunidades campesinas: cambios y permanencias*. Lima, CONCYTEC, 1987.
- O'PHELAN, Scarlett. *Un siglo de rebeliones anticoloniales, Perú y Bolivia, 1700-1783*. Cusco, Centro Bartolomé de Las Casas, 1988.
- PAIGE, Jeffrey M. *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. New York, Free Press, 1975.
- PALTI, Elías José. *Verdades y saberes del marxismo: Reacciones de una tradición política ante su crisis*. Buenos Aires, FCE, 2005.
- PALTI, Elías José. *El tiempo de la Política: el siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.
- PLATT, Tristan. "Pensamiento político Aymara", en Xavier ALBÓ (ed.), *Raíces de América: el mundo Aymara*. Madrid, Alianza Editorial/UNESCO, 1988. (pp. 365-443).
- POPKIN, Samuel, *The Rational Peasant: the political economy of rural society in Vietnam*. Berkeley, University of California Press, 1979.
- RAMÓN VALAREZO, Galo. *La resistencia Andina. Cayambe, 1500-1800*, Quito, Centro Andino de Acción Popular, 1987.
- RAPPAPORT, Joan. *The Dissapearing Mestizo. Configuring Difference in the Colonial New Kingdom of Granada*. Durham, Duke University Press, 2015.
- RIST, Gilbert. "Las metamorfosis de un mito occidental", en *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002. (pp. 37-58).

- ROSTOV, W.W. *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- SALA I VILA, Nuria. *Y se armó el tole tole: tributo indígena y movimientos sociales en el virreinato del Perú, 1784-1814*. Huamanga, Instituto de estudios regionales José María Arguedas, 1996.
- SÁNCHEZ PARGA, José. *Faccionalismo, organización y proyecto étnico en los Andes*. Quito, Centro Andino de Acción Popular, 1989.
- SCOTT, James. "Hegemony and the Peasantry", *Politics and Society*, v. 7, 1977. (pp. 267-296).
- SCOTT, James. *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and subsistence in Southeast Asia*. New Haven, Yale University Press, 1976.
- SERULNIKOV, Sergio. "Disputed Images of Colonialism. Spanish Rule and Indian Subversion in Northern Potosí, 1777-1780". *Hispanic American Historical Review*, n. 2, v. 76, 1996. (pp. 189-226).
- SERULNIKOV, Sergio. "Customs and Rules: Social Conflicts in the Age of Bourbon Reformism (Northern Potosí in the 1770s)". *Colonial Latin American Review*, n.2, v. 8, 1999. (pp. 245-74).
- SERULNIKOV, Sergio. *Subverting Colonial Authority: Challenges to Spanish Rule in Eighteenth-Century Southern Andes*. Durham, Duke University Press, 2003.
- SKOCPOL, Theda. *States and Social Revolutions: A comparative analysis of France, Russia, and China*. Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- STAVENHAGEN, Rodolfo. "Clase, colonialismo y aculturación. Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica". *Revista del Centro latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales*, año VI, n. 4, 1963.
- STAVIG, Ward. "Ethnic conflict, Moral economy, and population in rural Cuzco on the Eve of the Tupac Amaro II Rebellion". *HAHR*, n. 4, v. 68, 1988. (pp. 737-770).
- STAVIG, Ward. "The past weighs on the minds of the living: culture, ethnicity, and the rural lower class". *Latin American Research Review*, n. 2, v. 26, 1991. (pp. 225-246).
- STEVE, Stern (ed.). *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th centuries*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1987.
- THOMPSON, Edward P. *The Making of the English Working Class*. London, Vintage Books, 1968.
- THOMPSON, Edward P. "The Moral Economy of the English crowd in the eighteenth century". *Past and Present*, n. 50, 1971. (pp.76-136).
- THOMSON, Sinclair. *We alone will rule. Native Andean politics in the Age of Insurgency*. Madison, University of Wisconsin Press, 2002.

- THOMSON, Sinclair. *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*. La Paz, Muela del Diablo, 2007.
- THURNER, Mark. *From two Republics to One Divided: Contradicting Postcolonial Nation Making in Andean Peru*. Durham, Duke University Press, 1997.
- TILLY, Charles. *From Mobilization to Revolution*. Mass, Addison-Wesley, 1978.
- VAN YOUNG, Eric. *The other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*. Stanford University Press, 2001
- WALKER, Charles. *Smoldering ashes: Cusco and the creation of Republican Peru, 1780-1840*. Durham, Duke University Press, 1999.
- WOLF, Eric. "Types of Latin American Peasantry: A preliminary Discussion", *American Anthropology*, n. 57, 1955. (pp. 452-471).
- WOLF, Eric. *Peasants Wars of the Twentieth Century*, New York, Harper & Row, 1969.
- WOLF, Eric. *Europe and the people without History*. Berkeley, University of California Press, 1972.

**Mireya Salgado Gómez**

es Doctora en Ciencias Sociales y Estudios políticos por FLACSO-Ecuador. Actualmente es Profesora investigadora en el Departamento de Antropología, Historia y Humanidades, especialista en Historia andina.

**Contacto:** msalgado@flacso.edu.ec

**Recibido:** 15/04/2020

**Aceptado:** 28/05/2020